

Prácticas y teorías de descubrir paisajes: Viajeras y cultivadoras del estudio de la geografía en España, desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio del XX

Practices and Theories for discovering landscapes: Travellers and cultivators of the study of geography in Spain, since the late nineteenth century until the first third of the twentieth

Ana I. Simón Alegre y Arancha Sanz Álvarez

Universidad Complutense de Madrid, Stony Brook University.

Recibido el 17 de enero de 2011.

Aceptado el 21 de febrero de 2011.

BIBLID [1134-6396(2010)17:1; 55-79].

RESUMEN

El propósito de este artículo es presentar; por un lado, cómo el cambiar de país ayudó a las viajeras para rasgar sutilmente con el canon estereotipado de mujer, fijado por el discurso oficial burgués del momento y por otro, cómo la difusión social, tanto de las experiencias por diferentes lugares del mundo como el avance de la Geografía, pasó de la mano de mujeres, especialistas en las ciencias sociales y naturales, a los ámbitos educativos, para fomentar una enseñanza del entorno respetuosa con mujeres y hombres. Los viajes y el método de enseñar Geografía quedan enlazados por la forma en que se conectaron el placer de viajar y el gozo de aprender, acerca del medio circundante.

Palabras clave: Armonía. Androcentrismo. Deseo. Emilia Pardo Bazán. Entorno. Erotismo. Eva Canel. Geografía. Geógrafas. Gloria Giner de los Ríos. Gozo de aprender. Leonor Serrano Pablo. Observación entusiasta. Placer del viaje. Receta educativa. Subjetividad femenina. Viajeras.

ABSTRACT

The purpose of this article is to present on one hand, how travelling from one country to another helped women travellers break free from the feminine stereotype of their time; and on the other hand, their experiences travelling became an inspiration for other women to teach geography. The travels of these women and the method of teaching geography that they inspired are connected the joy of travelling and the pleasure of learning about the environment.

Key words: Harmonious living. Androcentrism. Desire. Emilia Pardo Bazán. Environment. Eroticisim. Eva Canel. Geography. Geographers. Gloria Giner de los Ríos. Joy of learning.

Leonor Serrano Pablo. Keen observation. Travelling and pleasure. Educational “recipes”. Female subjectivity. Women travellers.

SUMARIO

1.—Viajar, conocer, aprender y escribir. 2.—Eva Canel y Emilia Pardo Bazán: viajeras y deseo. 3.—La unión de los viajes y la difusión de la Geografía. 4.—Las cultivadoras de Geografía: Gloria Giner de los Ríos García y Leonor Serrano Pablo. 5.—Bibliografía.

1.—Viajar, conocer, aprender y escribir

Mientras se lee el trabajo de Hélène Cixous (2001) surgen algunas preguntas reiteradamente: qué relación es la que se mantiene con el lugar que se deja atrás y cómo influye la vuelta en la percepción del entorno del país originario. El colocar esta reflexión como introducción a este artículo tiene el sentido de enlazar las experiencias que se derivaron de los viajes con una “receta” (MAÑERU, 2008) educativa amplia con la que enseñar Geografía de otra manera: basada en la relación previa y personal con el entorno y apoyada por los conceptos más característicos de esta disciplina.

La respuesta que sugiere la obra de Cixous (2001) a las cuestiones anteriores es que la persona que se marcha genera con ese movimiento una relación diferente respecto a lo que día tras día ha formado parte de su vida. Se aleja de ese lugar, pero siempre lo lleva, a modo de referencia constante que sirve para analizar y medirlo todo. Ésta es una de las bases que se ha tomado para trabajar los relatos de viaje de Emilia Pardo Bazán y Eva Canel.

La persona que viaja, desde el momento que inicia su periplo, queda afectada tanto por las emociones y las ambiciones previas como por las experiencias que le ofrece su destino. A su regreso todo lo anterior da pie a dialogar con su medio, facilitando que su perspectiva se amplíe. Un proceso que tiene una parte pública; al relatar esas experiencias y una privada; la toma de consciencia del lugar que se ocupaba en el mundo. Si se retrocede un siglo atrás, parece que la parte pública se difundió en España ampliamente a finales del siglo XIX, por la popularidad de conferencias y publicaciones sobre viajes y, aunque en el XX continuó, lo interesante fue cómo Gloria Giner de los Ríos y Leonor Serrano unieron la parte privada a lo anterior e idearon una propuesta de enseñanza sobre geografía que colocaba en su centro la relación previa que el alumnado ya tenía con el entorno. Ese tipo de “receta” educativa buscaba la combinación de la percepción personal con la consciencia que se adquiría cuando se conocían otros lugares. Así, conseguían enseñar la materia y también moldear mujeres y hombres adultos

conscientes del respeto que debían profesar a la Tierra. Se puede afirmar resumiendo que el placer que daba viajar saltaba al ámbito educativo por el goce que aportaba conocer lo que rodeaba. Y es que, como muy acertadamente expuso Isabel Oyarzábal: “Nunca más podría experimentar esa sensación, mitad goce, mitad temor, del que por vez primera cruza el vasto mar que separa dos continentes y dos civilizaciones” (1925: 38). Un viaje alteraba la percepción personal del mundo y ayudaba a que también, el proceso se diera en otras personas.

2.—*Eva Canel y Emilia Pardo Bazán: viajeras y deseo*

Las mujeres viajeras que narraron sus experiencias en la España decimonónica y de principios del siglo XX, constituyen hasta el momento un conjunto relativamente escaso, que ha sido relegado a un segundo plano en contraposición con los numerosos estudios dedicados a los viajes de los hombres¹. Sin embargo, en los últimos años la repercusión que la inclusión de la variable de género ha desempeñado en la polémica categoría de la literatura de viajes (CARRIZO, 1997), especialmente en el caso anglosajón, ha suscitado un debate que pone de manifiesto la relevancia de este tipo de acercamiento y al mismo tiempo, su complejidad (NASH, 1996; BLUNT y McEWAN, 2002; BASSNETT, 2002). Los trabajos de Mills (1991) y Pratt (1992) han sido de los primeros que han rastreado la diferencia que las narrativas de viaje femeninas, sobre todo las enmarcadas en el contexto de uno colonial, suponen como tema principal para los debates.

En el caso español que nos ocupa, menudean los estudios desde la anterior problemática y destaca el reciente trabajo de Ceraldols (2009). Rosa Ceraldols se centra en los viajes de mujeres al Marruecos colonial de principios de siglo XX, negando que exista una diferencia radical entre los relatos de viaje de hombres y los de mujeres y abogando por el reconocimiento de “características diferenciales (...) que pueden aportar nuevas perspectivas en la concepción de la mirada orientalista y de las geografías imaginarias coloniales” (2009: 14). Este posicionamiento es el adoptado en este apartado, cuyo análisis se centra en los libros de viaje de Eva Canel (1899) y los que publicó Emilia Pardo Bazán en 1899, 1900 y 1902 (2006

1. Entre los estudios que han trabajado sobre las narrativas de viajes escritas por mujeres destaca el de Simón Palmer (1991) en el que se incluyen una veintena de entradas acerca de mujeres viajeras. En el trabajo de Nunley (2007), que trata sobre la literatura de viajes del siglo XIX en España, no incluye a ninguna viajera justificándolo por razones cuantitativas principalmente.

a, b y c). Los trabajos de ambas autoras comparten, entre otras cuestiones, su composición en un ámbito próximo al turismo de corte moderno.

El reconocimiento de ciertas características diferenciales, surge desde una subjetividad femenina que delata la tensión latente entre el viaje (considerado desde el discurso oficial y durante un largo periodo de tiempo como propiamente masculino) y las mujeres que lo llevaron a cabo. Charnon-Deutsch en su estudio sobre la novela doméstica, propone el concepto de “intersubjectivity” (“intersubjetividad”) para explicar cómo las mujeres españolas fueron capaces de desarrollar un espacio en que un relativo “jouissance” (“goce”) podía tener cabida, aunque eso sí, siempre dentro de los límites por los que “bourgeoise woman knows her place” (“las mujeres de la burguesía sabían su lugar”) (CHARNON-DEUTSCH, 1994: 39). Los relatos de Eva Canel y Emilia Pardo Bazán delatan una situación análoga, en la que esa “intersubjetividad aparece desde dos posiciones: una, la rígida codificación de la presentación de sus cuerpos en movimiento que denota la aseveración de que, aunque estaban fuera de contextos cercanos a lo privado de sus hogares no olvidaban la posición social y simbólica que tenían (la expresión inglesa “they still know their place” es muy precisa respecto a la idea que se pretende señalar aquí)² y otra, que a partir de sus observaciones en tierras foráneas, tanto de sí mismas como de otras mujeres, crearon una voz autorial” por la que el deseo femenino se expresaba libre e incluso ambiguo y transgresor a nivel sexual. El vínculo entre el deseo y el viaje entreteje una “intersubjetividad” compleja que será la que se analice a partir de los viajes que protagonizaron las escritoras Eva Canel y Emilia Pardo Bazán.

Aunque el discurso oficial burgués de finales del siglo XIX pretendía negar la existencia del deseo en las mujeres, ese proceso flaqueó (RÍOS, 2006: 181; SIMÓN, 2010). El viaje, por otro lado, desde su paulatina democratización, fue adquiriendo unas pautas por las que se acercaba cada vez más al perseguido concepto del placer con el que llenar el recién inaugurado ocio de corte burgués (THOMPSON, 1977). La asociación del amplio concepto del asueto con el de burguesía se fue solidificando desde, por lo menos, el siglo XVIII. Ese cambio se hizo latente, entre otras referencias, por lo que antaño se denominaba “Gran tour” y pasó a definirse como “Pleasurable instruction” (“instrucción placentera”) (BATTEN, 1978: 41) y en consecuencia, la conceptualización del mismo con un marcado erotismo no hizo más que crecer.

La estrecha regulación de la feminidad en la que el discurso oficial burgués occidental estaba insistiendo, hizo que pronto, incluso a nivel lin-

2. “They still know their place” es una expresión con difícil traducción al castellano, pero que hace referencia a el saber cuál es el lugar social que se ocupa.

güístico, se manifestara la resistencia a que las mujeres accedieran a ese mundo de placer y erotismo que proporcionaba el viajar. Por ejemplo, en el caso anglosajón, qué puede ser ilustrativo de la situación general, destaca la connotación sexual que el concepto de “adventuress” (“aventurera”) tenía frente al de “adventurer” (“aventurero”) con la que Aitken ha trabajado y caracteriza a la aventurera respecto a su oposición a la heroica y neutral concepción del aventurero (1997: 11). Vale la pena destacar, relacionado con lo anterior, lo que Leed ha expuesto, qué la función implícitamente sexual del viajar ha servido históricamente como un efectivo método de control de las mujeres y su deseo (1991: 112). En cierta manera, la limitación del movimiento físico del cuerpo de las mujeres en la esfera pública y su ambición por viajar, componían un axioma necesario para que su deseo sexual pudiera quedar subyugado.

La presencia en los relatos de Eva Canel y Emilia Pardo Bazán de la “intersubjetividad” entre el viaje, el deseo y el placer denota una negociación en la forma en que presentaban sus cuerpos, su deseo por viajar y las circunstancias de su encuentro con otras mujeres, que en ocasiones indica una marcada ambivalencia. La larga tradición narrativa de la literatura de viajes cimentada desde parámetros de corte masculinos, ocasionó que las mujeres tuvieran que negociar ante estos modelos para transcribir sus experiencias viajeras, lo que explica en parte ese cierto carácter ambivalente de algunas de sus referencias (MILLS, 1991: 81).

Eva Canel en el libro de sus viajes por Latinoamérica, *De América* (1899) expuso las dificultades que ella y su marido, el escritor Eloy Perillán y Buxó, tuvieron para llegar al remoto Puno en Perú en 1877. Canel describió a su esposo de incapaz para coordinar las diferentes cuestiones que requería el viaje y fue ella la encargada, a la llegada a la zona, de disponer la logística necesaria para todo su periplo. Así, se convirtió en agente y se alejó del código discursivo y estereotipado de la supuesta pasividad femenina: “En la estación de ferrocarril había muchos indios, y maldito el caso que nos hacían cuando les rogábamos que cargasen con nuestras maletas. Mi marido estaba de un humor infernal y detestable a causa de una fluxión en la boca, y tenía yo por consiguiente que entendérmelas con aquellos condenados” (CANEL, 1899: 201). Esa ruptura pronto tuvo algunas consecuencias ya que como describía la propia autora se convirtió en el objeto de la mirada y de la burla de los indígenas de la zona: no hacían más que mirarme y reír, pero sin coger las maletas que les alargaba. (...) era yo el objeto de su admiración y de sus risas tan inoportunas” (CANEL, 1899: 201). Ante esta situación, su primera reacción fue la revisión detallada de su atuendo, que no deja de ser la presentación física de su cuerpo: “Supuse que mi traje pudiera ser la causa de la persecución que me hacían objeto, y la verdad es que pensándolo bien era un poco llamativo (...). Consistía, pues mi atavío

de “turiste” en un traje a grandes cuadros oscuros, de forma entre griega y judía, con gorra de la misma tela y una larguísima capa de astracán con capucha de terciopelo negro; cuya punta, rodeada de grandes cordones, bajaba hasta el borde que tocaba el suelo” (CANEL, 1899: 202). Al describir su traje, parece convencer tanto a sí misma como a su público lector de su aceptación respecto al código no escrito por el que el cuerpo de las mujeres no debía desvelar ningún espacio que incitara al deseo masculino. Una vez que corroboró y se sintió segura de la decencia que mostraba nos esclarece el motivo inocente, y cabría calificar de asexuado, de su satisfacción: “Me explicaron el porqué del alboroto que mi presencia había producido entre los indios y los que no lo eran. Llevaba yo flequillo recortado sobre la frente, moda que no había hecho su todavía aparición en aquellas alturas y que a mi salida de Chile acababa de ser importada: hasta entonces solamente los frailes habían usado por aquellas tierras tan extraño peinado, y de ahí la admiración y sorpresa con que me miraban, creyéndome un leguito vestido de niña” (CANEL, 1899: 204). Su asimilación con un leguito enfatiza su posicionamiento en un lugar sexual seguro, que encajaba a la perfección con el estricto código femenino imperante.

Emilia Pardo Bazán en su libro de viajes *Por Francia y por Alemania* (2006b), publicado en 1889, reflexiona sobre el atuendo adecuado que ha de vestir el cuerpo de la mujer que viajaba. Primero comenzaba la defensa del traje “divided skirt”³, amparándose aparentemente en el pragmatismo anglosajón de la comodidad que representaba: “cuya creación (...), se debe a la necesidad en que se ven muchas norteamericanas de andar aprisa y no enredarse en las enaguas cuando suben a tranvías, coches, y barcos de vapor (...). Si a esta condición de resguardar la honestidad se añade la de la baratura, abrigo, ventajas higiénicas y gusto estético, insisto en que no veo motivo de escandalizarse. ¿No tienen todas las señoras trajes muy distintos para las diferentes circunstancias de la vida? ¿No hay vestidos de trote, de callejeo, de casa, de baile, de comida, de baño y playa? ¿Pues, por qué no ha de haber el de viaje y trabajo, y no ha de ser este el “divided skirt”, con su gentil zuava, su bonito faldellín, sus pantalones bombachos decorosos y bien hechos?” (PARDO, 2006b: 323). Para terminar su alegato, a favor de esta prenda, se reafirmaba en un lenguaje en el que la castidad acapara una posición privilegiada: “El pudor y la decencia (...) quedan mil veces más a salvo con el “divided skirt” que con los provocativos faralaes, que en momentos de apuro, viajando y andando aprisa, se pasan de indiscretos” (PARDO, 2006b: 323). La viajera debía tener un control férreo del deseo sexual que podía incitar en la esfera pública. De ahí derivaba la preocupación

3. “Divided skirt” hace referencia al atuendo de falta pantalón.

de Eva Canel como Emilia Pardo Bazán por presentarse cumpliendo escrupulosamente fuera de España con los dictados sobre la decencia femenina imperantes y sabiéndose objetos de la inquisitiva mirada masculina. Cómo explica Bohls, los cuerpos de las mujeres en el siglo XIX, eran concebidos desde el discurso oficial burgués como espectáculos u objetos en los que deparaba la observación masculina, lo que empañaba los esfuerzos de las mujeres para posicionarse en lo que calificaba de “aesthetic perceivers” (“perceptoras estéticas”): “Woman’s conventional status as spectacle furthermore conflates the aesthetic with the erotic-categories compulsively held apart by the ideological imperative of disinterested contemplation” (BOHLS, 1995: 10)⁴. No obstante, un control físico y psicológico tan cuidadosamente esbozado, no siempre dominó la experiencia viajera de estas mujeres, apareciendo esa compleja “intersubjetividad a la que se ha hecho referencia al principio de este apartado. De acuerdo con Leed, la práctica del viaje simultáneamente construía y desestabilizaba la identidad personal de la persona que viajaba como sujeto a nivel físico y psicológico, afecto que también estaba patente en los “récits de voyage” (“viajes”) de las escritoras españolas (LEED, 1991: 72).

El influjo del viaje era tan poderoso, que Eva Canel en *De América*, se evadía del rígido control “autorial” para dejarse llevar a un mundo de sensaciones cargado de cierto erotismo: “En aquellos momentos de alegre confusión me olvidé de todo. Deseosa de ver el suelo para mi desconocido, entusiasmada con aquellos titanes terriblemente bellos (...), que se alzan del fondo de las aguas (...), no pensé en nada: el mundo que dejaba atrás, Europa, mi España querida, hasta mi madre del alma, todo, todo se borró de la mente por algunos minutos, supeditada al maravilloso influjo, a la irresistible magia del continente americano” (CANEL, 1899: 18). Eva Canel se entregaba al placer del viaje plenamente, según sus palabras, logrando un “éxtasis” ajeno a cualquier tipo de control: “No sé cuánto tiempo hubiera durado mi éxtasis, a no haber sentido una palmadita en el hombro, a la vez que una voz dulce me preguntaba: —¿No piensa usted bajar a tierra? Ciertamente: me había olvidado” (CANEL, 1899: 19). Su deseo vagaba libre, satisfecho en términos marcadamente sexuales: “¡Quiero morir aquí porque jamás volveré a sentir lo que en estos momentos siente mi alma!” (CANEL, 1899: 19). Incluso, en un momento en que su vida corrió peligro, confirmaba la seducción que el viaje ejercía en ella hasta convertirla en “arista débil que se dejaba llevar ante la imposibilidad de frenar ese deseo

4. “Es un estatuto convencional de la mujer como espectáculo, además, combina la estética con lo erótico, dos categorías compulsivamente separadas por el imperativo ideológico de la contemplación desinteresada” (BOHLS, 1995: 10).

tan fuerte: “¡Yo no amaneceré viva! Y qué muerte que voy a tener —me decía— moriré tontamente, sin haber recorrido este suelo que me seduce, que me arrebatata y que produce en mi alma el vértigo de continuadas emociones. Aquí se apaga el vapor de esta máquina infatigable que me expulsa tras lo desconocido, que me lleva y me trae como arista débil arrastrada por el tormentoso pampero” (CANEL, 1899: 127).

Emilia Pardo Bazán manifestó un deseo por viajar análogo al de Eva Canel: “Si me fuese posible elegir profesión, o mejor dicho, quehacer perpetuo, he aquí lo que yo sería: viajera incesante” (1916: 298). En su obra *Por la Europa católica* (2006c), que publicó en 1902, reconocía la aparente anomalía que la actividad viajera implicaba para la mujer en la Península, y el escrutinio constante al que era sometida la que lo hacía: “En España la afición a viajar sin objeto determinado, por el viaje solo, no se ha difundido todavía. Causa cierto asombro que yo la profese” (PARDO, 2006c: 592). Sin embargo, lo anterior no fue motivo suficiente para privarle de ese placer. Retomando su libro de viajes *Por Francia y por Alemania* (2006b), Emilia Pardo Bazán describía el impulso innato que tenía por viajar: “Por mi condición errática y vagabunda (...), me determinaron a esta humorada de echar el paso largo y extenderme hasta Alemania y Bohemia, recorriendo nuevos países y contemplando nueva gente, cosa que, sin más añadidura, ya basta para distraer el espíritu y bañarlo en deleitable serenidad. Con razón ha dicho el viejo poeta francés: ‘Voir, c’est avoir, vie errante/est chose enivrante’” (PARDO, 2006b: 378)⁵. Este deseo es, según ha explicado Porter, una parte esencial del viaje en sí mismo: “Most forms of travel at least cater to desire: they seem to promise or allow us to fantasize the satisfaction of drives that for one reason or another is denied us at home. As a result, not only is travel typically fueled by desire, it also embodies powerful transgressive impulses” (1991: 9)⁶.

Emilia Pardo Bazán en otro de sus relatos de viaje, “Cuarenta días en la exposición” (2006a), publicado en 1900, transgredió el código estereotipado de género que la determinaba como viajera. Ese abandono de su “feminidad” se dio al observar a una viajera “sorprendida” y “con interés” como si de un hombre se tratara: “Iba conmigo una rubita muy joven, casi niña, de aire candoroso. Me sorprendió verla viajar por su cuenta y riesgo, y más cuando al cruzar algunas frases, el acento me probó que no era extranjera.

5. La traducción del giro francés que utiliza Emilio Pardo Bazán sería: “Una vida errante es algo intoxicante”.

6. “La mayoría de las formas de viajar que por lo menos atienden al deseo parecen prometer, o nos permiten fantasear, con la satisfacción de aquello que por una razón u otra se nos negó en casa. Como resultado, no sólo es el viaje normalmente alimentado por el deseo, sino que también incorpora potentes impulsos transgresivos” (PORTER, 1991: 9).

Estoy tan habituada a que en España las mujeres no viajen sin escolta, dueña y rodrigón, que miré con interés a aquella criatura, protegida por la misma inocencia escrita en sus azules ojos (PARDO, 2006a: 443)⁷. La autora corroboraba esa ambivalencia en una referencia posterior en la que se equiparaba a un hombre, distanciándose así de una figura cercana a la imagen de viajera temerosa, al poner en circulación su opinión aprobando el viaje de otra mujer, no sin cierta dosis de ironía: “Recordaba yo, con involuntaria sonrisa, otro episodio de otro viaje: a la salida de la estación de Madrid, un caballero de algunos setenta, empeñado en confiar a mi custodia a su esposa, no mucho más joven, que viajaba sola por primera vez; ¡tremenda hazaña, arriesgadísima aventura! La niña casi se disculpaba, pedía excusas por haberse atrevido a romper con la costumbre, obligada de la necesidad. Al ver que alguien la aprobaba, sonrió alegre y reconocida” (PARDO, 2006a: 446).

La observación minuciosa, y transgresora, de una viajera hacia el deseo de otra mujer por viajar, también aparece en la obra de Eva Canel. Al principio de su viaje, que la acompañaba su dama de compañía, su interés radicaba en conocer el porqué del viaje de una bella “francesita” que estaba sola en el barco: “Cuanto a ella se refería, despertaban en mí alguna curiosidad por conocer el misterio que rodeaba a la interesante francesita. Una noche me aventuré a preguntarla si viajaba sola o por gusto o por obligación (CANEL, 1899: 27). Tanto la “rubita” de Pardo Bazán como la “francesita” de Canel acapararon la atención y reflexión de estas viajeras, una característica diferencial respecto a las narrativas de viaje escritas por hombres en las que tampoco prevalece una relación tan estrecha entre deseo y viaje. La susceptibilidad de las mujeres viajeras y escritoras en tierras lejanas, sin duda les obligaba a adoptar posiciones muy conscientes de su postura tanto física como psicológica en el país por el que deambulaban, por lo que cuidaban su auto representación en sus narrativas de viaje (KELLEY, 2005: 357).

Eva Canel y Emilia Pardo Bazán incluyeron en sus escritos comentarios en relación al correcto atuendo que debían llevar las viajeras, pero a la vez, sus reflexiones en torno a su deseo por viajar o que tienen otras mujeres viajeras a su alrededor, manifestaba una “intersubjetividad” muy diferente y que estaba expresada en un lenguaje marcadamente erótico. La “intersubjetividad” latente entre ambas posturas revela la complejidad de la transición entre lo que el discurso oficial marcaba para las mujeres de

7. La referencia de “Rubita” tiene reminiscencias al personaje de Lucia de la obra de la autora *Viaje de novios* (PARDO, 2003). Lucia no deja de ser el relato de una mujer que viajaba sola y que consiguió satisfacer su deseo sexual a partir de esa experiencia.

la España finisecular y de principios de siglo XX y lo que estaba fuera de él y podía conectar con su deseo, lo que sin duda pone de manifiesto la necesidad del estudio de la literatura de viajes y la cultura de ocio que generaron desde la inclusión de la perspectiva de género.

3.—*La unión de los viajes y la difusión de la Geografía*

La difusión del turismo, el recurso de la emigración y la reactivación del colonialismo fueron tendencias importantes en la vida de hombres y mujeres durante el siglo XIX y XX. El viaje supuso, en cualquiera de sus facetas anteriores, tanto el efluvio de noticias variopintas sobre los lugares de destino como el desarrollo de una industria, a pequeña y gran escala, de productos necesarios (maletas o vestuario) para iniciar esas travesías variadas (HODGSON, 2002).

Centrémonos brevemente en la difusión de informaciones sobre los lugares de destino. El regreso de los diferentes periplos, tal y cómo se ha señalado en la introducción de este artículo, supuso el compartir sus heterogéneas experiencias, bien publicándolas o bien impartiendo un ciclo de conferencias. Escritoras como las que en párrafos anteriores se han analizado, Emilia Pardo Bazán y Eva Canel, se decantaron por publicar las impresiones de sus travesías por otros países. Pero no fueron las únicas. Otras que también emplearon el medio escrito para dar a conocer sus experiencias fueron las que eligieron la Península Ibérica como su destino, entre las que se pueden destacar a Isabel Pesado de Mier (DÍEZ, 2008) o Virginia Woolf (EGEA, 2008). El público lector del momento tenía un variado repertorio de publicaciones sobre viajes que le ayudaba a entender cómo era la vida en otros lugares del globo terráqueo. Por ejemplo; si seleccionaba entre sus lecturas las de mujeres españolas, podía viajar hacia América del Sur, para probar los límites de su valentía, o hacerlo cómodamente en un tren europeo, observando la última moda en trajes de viaje y, si su elección eran textos de viajeras europeas, por la Península Ibérica le conducía a compartir su júbilo al descubrir las tumbas del Cid y doña Jimena, tener la experiencia de recorrer a caballo Sierra Morena o imaginar la mezcla racial de las ciudades del sur español.

Otra forma con la que visitar diferentes lugares, sin salir del de residencia, era escuchar conversaciones o conferencias acerca de viajes. Si pudiéramos oírlas todas seguidas nos llamaría la atención lo siguiente: una repetición de ideas relacionadas con las diferencias del entorno del país de origen respecto al de destino. Esa tendencia pudo ser uno de los reflejos de la reactivación de la amplia y variada disciplina geográfica durante el siglo XIX y XX. Ese desplazarse de un lugar a otro movía a personas, recursos

económicos y adelantos, pero también conocimientos que ayudaban a catalogar y diferenciar el medio característico de unos espacios del hemisferio respecto al de otros. Así, la difusión de los viajes junto con el desarrollo de las diferentes disciplinas relacionadas con la Geografía supuso una acción conjunta encaminada a conocer mejor los continentes que formaban parte de la Tierra.

La difusión por Europa de diferentes y variadas sociedades geográficas, durante mediados del siglo XIX, ayudó a que las experiencias de los viajes se combinaran con catalogar, comprobar, estudiar y comparar los diferentes entornos. La iniciativa llegó a España con la creación de la Real Sociedad Geográfica de Madrid en 1876 (HERNÁNDEZ, 1982). Este centro, al igual que el resto de los europeos, impartía conferencias y publicaba artículos relacionados con la extensa ciencia geográfica, las exploraciones y los viajes de los socios u otras personas relevantes de la sociedad, que se disponían a emprender alguno o ya lo habían realizado. Una de estas conferencias fue la que ofreció la viajera italiana Carla Serena el 21 de diciembre de 1880. Destacamos ésta para insistir en el protagonismo que las mujeres tuvieron en los viajes, además de la relación tan estrecha que concretamente tuvo esta con la popularidad en la época de asistir a intervenciones sobre las características geográficas de otros lugares. Carla Serena era una “intrépida viajera (...) cuya penetrante mirada revela claramente su talento” (MARTÍNEZ, 1880: 395) y el tema central de su disertación fue la descripción de la zona del Medio Oriente y su parte asiática que recientemente había visitado. Serena ofreció al numeroso público que acudió a escucharla informaciones sobre la geografía de esos lugares, su sistema legislativo, sus costumbres y la tipología racial que los poblaba. La valoración que el periodista E. Martínez de Velasco dio al acto fue de positiva ya que proporcionó a las personas asistentes “ricos datos para la ciencia geográfica” (1880: 395). La buena presentación que hizo Serena junto a su la extensa bibliografía le valió para que la Sociedad Geográfica le concediera el título de “miembro corresponsal honorario” (MARTÍNEZ, 1880: 395).

El reconocimiento público de la trayectoria de Carla Serena es importante conectarlo con la difusión de organizaciones de estudio y difusión de la geografía formados por mujeres. Por ejemplo, en España existió la Sociedad Geográfica de Mujeres en Zaragoza, de la que todavía hay escasos datos (RODRÍGUEZ, 1996: 152, nota 10) y en los Estados Unidos funcionaba la Sociedad de Mujeres Geógrafas de la que formaba parte la escritora y también viajera Isabel Oyarzábal de Palencia (OYARZÁBAL, 2010: 274). Quizás, rastrear la forma en que el ocio generado a partir de experiencias de viaje dio paso a la difusión de conocimientos geográficos en los ambientes educativos ayude a desvelar un número mayor de textos de viajeras españolas o de cualquier otra nacionalidad, y la forma en que



SERRANO PABLO, Leonor: *Diana o la educación de una niña*. Libro de lectura escolar dividido en tres grados. Grado II. *La escuela*. Barcelona, Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, s.a, 1934, p. 13.

las mujeres colaboraron en el desarrollo de los conocimientos geográficos, propuesta que a continuación se va a desarrollar.

4.—*Las cultivadoras de Geografía: Gloria Giner de los Ríos García y Leonor Serrano Pablo*

La relación de las mujeres con la observación de la Naturaleza ha sido larga, ya que el medio natural fue uno de los escenarios primeros en el que sus vidas, y las de toda la comunidad, trascurrieron. El paso de un simple estar sobreviviendo, que ya supuso mucho, a los intentos de clasificación, de estudio y de difusión de hipótesis relacionadas con lo que ese ámbito físico ofrecía, e indicaba al compararse con otros, también ocurrió gracias a la aportación de las mujeres. Bien es cierto que todavía, a día de hoy, esas contribuciones necesitan investigaciones más profundas⁸. Una de las espe-

8. Una referencia bibliográfica indispensable que desarrolla la línea anterior es la obra de Marilyn Ogilvie y Joy Harvey (2000). Este diccionario biográfico permite consultar las



SERRANO PABLO, Leonor: *Diana o la educación de una niña. Libro de lectura escolar dividido en tres grados. Grado II. La escuela.* Barcelona, Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, s.a, 1934, p. 56.

cialidades que alcanzó la observación, la catalogación y la explicación del entorno natural fue la Geografía. Esta disciplina combinó en sus diferentes especializaciones los conceptos científicos, por los que los paisajes y los territorios se reconocían y se descifraban, con la explicación de cómo ese medio había determinado la trayectoria histórica de una comunidad.

Clotilde y Blanca Catalán de Ocón (nacidas en torno al año 1860) son uno de los ejemplos del inicio de la relación del estar cotidianamente y en interacción con el ámbito natural con su transcripción a un lenguaje y unas hipótesis de corte científico. Estas hermanas se dedicaron, por influjo de su madre, a recoger muestras de la flora y la fauna de la zona en la que vivían, Calatayud, durante el último tercio del siglo XIX. Utilizaron esos acopios para clasificar y catalogar, siguiendo criterios de las ciencias na-

aportaciones que las mujeres hicieron en las ciencias sociales, naturales y experimentales de, sobre todo, los EEUU, la mención a mujeres españolas es casi inexistente. Uno de los objetivos de este apartado es presentar la forma que dos españolas desarrollaron sus trabajos sobre conceptos relacionados con la geografía que estaba en la línea de lo que otras mujeres coetáneas a ellas estaban trabajando, como la geógrafa Ellen Churchill Semple.

turales, los recursos que estaban presentes en su medio. Clotilde y Blanca Catalán albergaban entre sus propósitos científicos el de que sus trabajos fueran comprensibles para más personas que aquellas versadas en esas materias y ese fue uno de los motivos por el que unieron escritos literarios a sus estudios. El enlace de ciencia y prosa literaria permitía tanto evocar el lugar del que procedían los ejemplares como destacar la importancia científica que tenían dentro de ese marco⁹. Ya iniciado el siglo XX, y sobre todo en los años treinta, el método de las hermanas Catalán también lo emplearon, entre otras personas (CASADO, 2010), las cultivadoras de la popular disciplina de la Geografía (RODRÍGUEZ, 1996) para, sobre todo, conectar con el alumnado.

Gloria Giner y Leonor Serrano destacan entre las mujeres que desarrollaron trabajos relacionados con la geografía por la “receta” educativa que idearon para conectar, cómo antes se ha señalado, con el alumnado. Los trabajos de Giner y Serrano son importantes como referentes para el tránsito de la disciplina geográfica de los espacios de ocio a los educativos. Su “receta” educativa fue buscar una “observación entusiasta” (SERRANO, 2007) en que; por un lado, la enseñanza de la materia facilitara una relación educativa tendente al diálogo y por otro, el empleo de recursos variados (poesías, relatos de viajes o mapas) ayudara a comprender e interiorizar los conceptos teóricos básicos de la materia. Además, intentaron que el canon androcéntrico en el que los estudios geográficos estaban enmarcados estuviera realmente abierto a las mujeres.

La enseñanza de la Geografía para Gloria Giner y Leonor Serrano facilitaba el desarrollo de una educación basada en el principio de respeto tanto hacia el entorno circundante como a las personas que lo habitaban¹⁰. La forma de lograrlo era explicando en sus clases la conexión tan estrecha que existía entre el medio que rodeaba y la propia evolución personal: “desde los sencillos ciclos del mundo exterior, hasta el complejo cultivo del mundo interior, sensible a la lógica, a la moral y al civismo” (SERRANO, 1933: 7). Leonor Serrano también proponía que se tuviera en cuenta qué mujeres y hombres eran biológicamente diferentes. Este era el motivo por el cual en las clases se debía evitar presentaciones que expusieran enunciados neutros ya que no representaban enteramente a ninguno (2007).

9. La obra que publicó Blanca Catalán de Ocón, *Miscelanea Turolense* (1891), fue muy aclamada en los ambientes científicos españoles y europeos (GARCÍA y PLAZA, 2005: 36).

10. Para ampliar los datos biográficos de Gloria Giner de los Ríos: Ruiz-Manjón (2007). La reedición de la obra de Leonor Serrano en 2007 contiene una introducción a la vida de la autora y a su labor educativa que ha realizado María del Carmen Agulló Díaz y complementa a lo expuesto aquí.

La “observación entusiasta” significaba que el respeto estuviera integrado como un concepto más en las clases de geografía. Ese tipo de observación se conseguía fortaleciendo la relación física y emocional del alumnado con el entorno que le rodeaba. Lo que significaba aprovechar el contacto previo que podía tener con ese medio natural en la enseñanza de la materia. Así, era más sencillo explicar la importancia que el entorno representaba en la cotidianidad, independientemente de si se vivía o no directamente de él. No se debe olvidar que



SERRANO PABLO, Leonor: *Diana o la educación de una niña. Libro de lectura escolar dividido en tres grados. Grado II. La escuela.* Barcelona, Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, s.a, 1934, p. 56.

España, a la altura de los años treinta del siglo XX, todavía era un país de corte rural. Las autoras querían que ese rasgo se aprovechara en las aulas pues significaba fuente de riqueza “moral”. La novedad que el paso por la escuela proporcionaba, era conocer ese medio de otra forma: científicamente. De esa manera, su relación previa quedaba complementada y servía para desarrollar la empatía que el alumnado debía tener con cualquier otro entorno, aunque no lo conociera tan bien. Así, por un lado, las alumnas y alumnos podían adoptar el progreso y los avances técnicos en sus vidas de forma armoniosa y respetuosa y por otro, tenían los recursos necesarios para rechazar cualquier propuesta que no estuviera en consonancia con lo anterior. Por ejemplo, la relación con el medio natural de Diana, la protagonista de las obras de Leonor Serrano (1933 y 1934; DÍAZ, 2009), progresó al acudir por primera vez a la escuela, a los siete años. Diana antes de estar escolarizada tenía en la naturaleza una fuente de juego y autoaprendizaje, además de significar un recurso complementario para la dieta familiar, al acudir a la escuela aprendió a nombrar científicamente lo que ese entorno le había estado dando y su referente le sirvió cómo base para estudiar y comprender otras manifestaciones naturales que se daban en el mundo. Es importante insistir que los momentos previos a la escuela quedaban marcados de forma positiva, cómo una vida digna. La insistencia en los saberes que ya tenían niñas y niños facilitaba su escolarización en edades más avanzadas porque



Pictorial Review, XXIX, 9 (junio de 1928), 47.

la escuela se presentaba como un recurso para poder perfeccionarlos. Por ejemplo, Diana sabía contar antes de estar en el colegio porque cada año cambiaba el número de flores del río en el que se bañaba y entendía el concepto de proporción porque, también cada año, se iba acercando a las ramas más altas de los árboles (SERRANO, 1933: 10).

Otra parte de la “observación entusiasta” era la relación emocional y significaba conectar la composición y el desarrollo del medio con los humores y sensaciones personales. Las pigmentaciones y las texturas, naturales y espontáneas, que se daban en el entorno ayudaban a que las voluptuosidades íntimas fueran más sencillas de entender, poder explicar y compartir con el resto. Gloria Giner (1936) insistió

que la conexión de la parte más personal e íntima de la persona, con lo que de forma espontánea ofrecía el medio, generaba gozo. La anterior era una sensación de tanta intensidad que ayudaba tanto a que el aprendizaje en la materia fuera real como a estrechar aún más la relación con ese entorno. Una sensación que conectaba con el éxtasis y el placer que viajeras, como las analizadas en el epígrafe anterior, Emilia Pardo Bazán y Eva Canel, marcaban en sus periplos por otros países. Gloria Giner y Leonor Serrano entendían que la estructura de la enseñanza de la geografía que partía de una relación física y emocional, tan próxima y con lazos tan personales con el entorno, era un buen referente para que el alumnado rechazara cualquier tipo de enfrentamiento bélico o ambición expansionista que desde el poder político se pretendiera llevar a cabo.

Uno de los ingredientes para que la “receta” de “observación entusiasta” se aplicara en las aulas era basar las clases de Geografía en un intercambio recíproco de conocimientos entre el profesorado y el alumnado, y este entre sí. Así, parafraseando a Giner, se educaba “su alma” y se abría su “espíritu” (1919: 9). Un tipo de intercambio que se podía dar entre el alumnado era la iniciación a la escritura y a la lectura. Diana, aunque tenía otros saberes, necesitaba conocer las letras del alfabeto y escribir su nombre, por eso sus compañeras se lo enseñaron. Diana para mantener esta dinámica

de intercambio de conocimientos les ofreció sus saberes acerca del cuidado y las propiedades de las flores, para que en primavera la escuela tuviera un jardín bellamente adornado y cuidado. Lo que se debía tratar de dejar fuera de un ambiente educativo dialogante era la imposición al alumnado de memorizaciones sin sentido. La retención de conocimientos se conseguía haciendo de lo enseñado una parte más de la “receta”, por eso Gloria Giner y Leonor Serrano insistían en la relación que el entorno tenía con lo más íntimo de las personas. Tampoco una memorización sin más ayudaba a que existiera un crecimiento personal comprometido con el respeto y la armonía que debía existir entre las personas y el medio en que vivían.

Una actividad en la que se podía, por un lado, hacer fluir el conocimiento y que se extendiera por todas las posibles direcciones del aula, y por otro, continuar desarrollando la relación empática con el medio era formar un museo natural, a pequeña escala, en la escuela. La profesora de Diana propuso a sus alumnas crear uno con los ejemplares más característicos de su entorno. La profesora indicó a su clase que Diana iba a ser su guía por el bosque porque era una de las que mejor conocía la zona, pero insistió que entre todas debían seleccionar los diversos materiales que iban a formar parte de la colección. Una vez hecha esa extracción debían catalogar las piezas a través de las indicaciones de la profesora junto con lo que cada una de ellas conociera sobre sus cualidades, propiedades y el papel que desempeñaba en su medio físico original. La gratificación que conseguían estas chicas, además del conocimiento exacto de lo que formaba su entorno, era que cada una podía colocar su nombre en las piezas con las que había trabajado (SERRANO, 1934: 93-104). Ese era un reconocimiento que acercaba su actividad a la que exploradores, científicos y viajeros de ambos sexos hacían en sus periplos por la Tierra y que tan de actualidad estaba en su época. Estas niñas, por ejemplo, estaban imitando a lo que la exploradora Maud Doria Haviland junto con una antropóloga y un curador llevaron a cabo por los bosques de Siberia en 1914 (GINER, 1936).

Estas cultivadoras de Geografía, Serrano y Giner, proponían una serie de recursos intelectuales y materiales para que el contenido científico que incluía la materia se entendiera a la perfección. De esa manera, se lograba una clase “atractiva” y cercana (GINER, 1919). Los medios intelectuales que empleaban eran relatos poéticos, prosas embellecidas y cantares que facilitaban la comprensión científica del medio natural. Gloria Giner y Leonor Serrano utilizaron leyendas, poesías, relatos cortos y canciones populares para apoyar las explicaciones geográficas. Esta variedad les ayudaba con el alumnado de dos maneras: la primera, a que comprendiera las diferencias que se daban en los entornos naturales en función de la posición geográfica que se ocupara y la segunda, que la forma y los recursos del medio físico eran fruto de su evolución. Gloria Giner y Leonor Serrano entendían que un



La Ilustración Española y Americana, XLVIII (30 de diciembre de 1880), 408.

amplio repertorio de referencias intelectuales ayudaba a introducir y asimilar los diferentes conceptos científicos: cómo el ciclo de rotación de la Tierra o la estructura del globo terráqueo en hemisferios. Concretamente, Gloria Giner pretendía con la selección de textos de las escritoras Emilia Pardo Bazán, Selma Lagerlöf, Madame Staël o con los de Maud Doria Haviland, entre otros, que su libro representara un recurso para la enseñanza de la

materia y el alumnado lograra con su aprendizaje “gozar y amar la Tierra” (1936: 364).

El empleo de leyendas facilitaba que se entendiera cómo los fenómenos naturales también habían evolucionado históricamente. Por ejemplo, el texto de George Duhamel sobre el origen del Rin permitía explicar tanto la cambiante fisonomía de los ríos como las diferentes formas que adoptaban por los continentes y el de Turguénef conseguía algo muy similar, pero tomando como referencia a los sistemas montañosos y el imaginario diálogo que podían mantener las cimas de los Alpes (GINER, 1936: 27-31). Las tradiciones también servían para explicar que los movimientos migratorios facilitaban la evolución de las civilizaciones (SERRANO, 1933: 77-89). Por su parte, los cantares populares ayudaban a comprender el mecanismo por el que el olor se trasmitía por el aire, cómo aclaraba el cantar popular sobre el tomillo, o la explicación de por qué aparecía el Arco Iris (qué tantas cancioncillas tenía) en los días de lluvia: “una bella ilusión son los rayos de sol que atraviesan las gotitas de agua suspendidas en el aire” (SERRANO, 1933: 12, 21).

Gloria Giner y Leonor Serrano entendían que una enseñanza atrayente acerca de conceptos geográficos necesitaba otras disciplinas de apoyo, aparte de los recursos literarios. La Historia fue una de ellas. La incorporación de esta materia a las clases sobre el medio significaba situar la enseñanza impartida en las coordenadas más innovadoras de la disciplina geográfica, como el geógrafo Carl Ritter podía hacer en sus clases universitarias berlinesas. Esa unión de geografía e historia no sólo tenía el propósito de facilitar la comprensión de los temas, o colocarse en la innovación educativa, sino que cómo Gloria Giner de los Ríos expuso, sobre todo en algunas de sus obras en el exilio (1951 y 1966), era evitar la manipulación del pasado de un país, aportando lo que definía como “una visión justa del pueblo” (GINER, 1951: 5). La forma en que la autora desarrollaba este tipo de conocimientos era presentando, con gran minuciosidad, la relación que tenía la imagen física de España, caracterizada por unos contornos geográficos muy marcados, con el pasado que se había ido sucediendo al calor de unas fronteras naturales tan determinantes y abiertas a océanos y mares. Su situación geográfica de puente de comunicación entre el continente europeo y africano había hecho de la Península un lugar de continuo tránsito a lo largo de su trayectoria histórica. Esa riqueza generó una diversidad de tradiciones que convivían antes del inicio de la guerra civil, en 1936. Giner incluso destacó que viajeros, cómo Richard Ford, lo habían podido apreciar así. Esta autora situaba la llegada de la II República dentro de la trayectoria normal y armoniosa del país y lo único abrupto que se dio fue la guerra: “Como por encanto las banderas republicanas aparecieron ondeando en los balcones, aquel día espléndido de primavera en que la nota característica

fue la alegría, la confianza, la esperanza del pueblo en el comienzo de una época social” (GINER, 1951: 154). El complemento que la historia ejercía para la geografía ayudaba a que el alumnado no fuera fácilmente manipulado. Además, esa armonía y respeto con el entorno, que se intentaban transmitir cómo una parte más de la enseñanza de la disciplina, también les facilitaba rechazar actos violentos.

Los recursos materiales de los que disponía la disciplina geográfica eran los adelantos científicos del momento y los cartográficos, pero para Gloria Giner y Leonor Serrano tenían un valor complementario ya que la primera referencia del entorno debía llegar de mano del contacto natural. El recurrir a la ciencia para observar el medio físico aportaba un marco de contexto racional que ampliaba y mejoraba la percepción emocional previa. El empleo de un microscopio ayudaba a examinar lo más pequeño y tomar un vehículo o un avión agrandaba la perspectiva. Gloria Giner mostró esas interacciones a partir del texto de Leonid Andréyev que describía las texturas que un bosque presentaba cuando se estudiaba desde un avión (1936). Gloria Giner se refería a la perspectiva que se adquiría de Sierra Nevada empleando los términos anteriores si se recorría en automóvil: “en la distancia que se recorre en una hora en automóvil se cruzan todas las zonas de vegetación posibles, desde aquella en que crece entre la nieve perpetua la flor de los Alpes, hasta la tropical, con la caña de azúcar, los chirimoyos, los plátanos, etc.” (GINER, 1951: 8).

Por su parte, los recursos cartográficos como los mapas o las representaciones del globo terráqueo ayudaban a que la observación de grandes extensiones se pudiera hacer con un simple vistazo. La generalización de mapas alcanzó cierta popularidad en el periodo por el mundo occidental (WOOD y FELLS, 2008). Ese interés se traducía, en los trabajos de Gloria Giner y Leonor Serrano, en la insistencia de que el alumnado supiera localizar adecuadamente en un mapa el lugar en el que vivía. Además, esa delimitación complementaba la observación del entorno y ayudaba a comprender la diferente extensión que tenían los núcleos urbanos respecto a los rurales. La magnitud que implicaba la ciudad se desarrollaba a partir del estudio en una representación topográfica de su perímetro que, al compararla con la de un núcleo rural, resaltaba el espacio extenso que abarcaba pues el pueblo “cabría mil veces” (SERRANO, 1934: 35). El globo terráqueo ayudaba a que; por un lado, la visión en perspectiva fluyera y por otro, que se comprendiera el concepto de distancia. Una de las niñas de la clase de Diana le explicaba, utilizando una de esas esferas, lo lejos que estaba el continente americano de su escuela: “América está muy lejos de aquí. Hay que atravesar el mar. Es un país muy grande, con muchos otros países, que hacen todos una parte del mundo” (SERRANO, 1934: 33-34). La comprensión de mapas y globos terráqueos necesitaba de las reflexiones de las personas que

vivían o habían visitado algunos de los lugares de la Tierra para que el alumnado pudiera tomar conciencia de las variedades de entornos y personas que los poblaban. Por ejemplo, Palmira, una de las compañeras de Diana, leía en voz alta para el resto de la clase partes de su diario en el que narraba las experiencias de su padre por América del Sur. De esa manera, sus compañeras viajaban a la par que el padre de Palmira lo hacía y así lo que observaban de ese espacio en los mapas les era más cercano (SERRANO, 1934). Gloria Giner de los Ríos empleaba fragmentos de obras ya publicadas sobre viajes y narraciones de exploraciones, como del diario de viaje de Fernando de los Ríos, por Rusia al inicio del gobierno de Lenin, o los de la exploradora Henriette Celarie, por la zona etiope. Ambas formas aportaban explicaciones complementarias que tanto agilizaban la capacidad del alumnado para reconocer las zonas que se repartían por la Tierra como facilitaban el poder destacar algunas de sus características fundamentales.

Y, por último, otro referente por el que sobresalen los trabajos de Gloria Giner y Leonor Serrano es por la forma en que plantearon la inclusión real de las mujeres en el canon androcéntrico de los estudios sobre geografía. Uno de los temas que llama la atención, cuando se consultan las obras de estas autoras, es la referencia constante al término de “hombre” para hacer alusión al conjunto que representaba la humanidad. Es un elemento chocante, si recordamos que anteriormente se ha comentado cómo Leonor Serrano (2007) insistía que la educación debía ser inclusiva con los dos sexos (2007). Esta contradicción tiene un sentido que coloca la forma de transmitir los conocimientos geográficos también tendentes hacia la inclusión de los sexos y que rasga esa inclinación androcéntrica por la que destacaban algunos trabajos de geografía de la época.



VILLENA, Miguel Ángel: “Cartas contra el olvido del exilio”, *El País* (15 de marzo de 2009), reseña de la obra MUÑOZ-ROJA, Rita: *Poco a poco os hablaré de todo. Historia del exilio en Nueva York de la familia de los Ríos, Giner y Urruti. Cartas 1936- 1953*. Madrid, Residencia de Estudiantes, 2009.

De derecha a izquierda: Fernando de los Ríos, Gloria Giner, Laura de los Ríos Giner y Fernanda Urruti.

La reiteración del término “hombre” en sus publicaciones puede reflejar; por un lado, lo que la evolución del sustantivo en la Real Academia de la lengua Española (RAE) marcó y por otro, la idea que teóricos y profesores de la materia expusieron sobre quién ejercía la transformación del medio físico y natural. Sí se consulta el término en el diccionario de la RAE desde su edición de 1781 hasta 1923 destaca como en el año 1803 se añadió el valor de que su referencia representaba al conjunto de la humanidad. Uno de los profesores de metodología geográfica, Rafael Torres Campos, en la estructura de su asignatura para la Escuela Normal Central de Maestras, en 1882 señalaba que el sujeto guía de la transformación del medio y la adaptación de los pueblos era el hombre (MELCÓN, 1982). Gloria Giner y Leonor Serrano reproducían ese sentido, pero proporcionando un marco de libertad para que las mujeres verdaderamente formaran parte del proceso. Uno de los caracteres por los que lo anterior se hacía posible era insistiendo, como Gloria Giner propuso, en la necesidad de que se generara una relación entre las personas que enseñaban y aquellas que escuchaban y que la escuela fuera la expresión de la riqueza del lugar en el que estaba ubicada: “La Escuela, sus alrededores, su orientación en ellos, el conocimiento, en fin, de la cuenca local, considerada como la unidad geográfica, donde se encuentran todos los elementos esenciales (GINER, 1919: 9). Leonor Serrano expuso en el prólogo de *Diana* (1933 y 1934) que se fomentara a partir de la enseñanza de la geografía una “nueva humanidad creadora, amorosa, anti-destructora y anti-guerrera” (1933: 6). Esta humanidad debía desarrollar un respeto máximo, colocado en referencias sagradas, hacia la naturaleza, sobre todo los hombres debían mostrar y cultivar ese tipo de relación, pues en muchas situaciones habían sido los que más tendían a alejarse de ella y a vulnerar sus principios.

También la exaltación del concepto de hombre en Gloria Giner y Leonor Serrano se puede explicar por la influencia del método y las teorías educativas de María Montessori. Esta autora insistía en la supresión de cualquier referencia bélica en las clases, y que se debía cuidar un tipo de enseñanza, sobre todo la focalizada en el sexo masculino, que estuviera alejada de dogmas y referencias castrenses. Quizás, si Giner y Serrano destacaban el término de “hombre” como incluso respecto a las mujeres, obligaba a los hombres a relacionarse simbólicamente cómo ellas lo hacían con la naturaleza. Así, se distanciaba a los hombres de expresiones y acciones destructivas y se los acercaba a aquellas que incitaban a la armonía y el respeto con los entornos. Gloria Giner describía lo anterior con el texto de Benjamín Jarnés en que la protagonista se servía de la naturaleza de una forma armoniosa y respetuosa en función de sus ciclos y enseñaba a su compañero la manera de imitarla (1936: 25-26). Este pasaje destacaba lo positivo de que los hombres buscaran una relación más equilibrada con el entorno, sobre todo

en sus edades adolescentes. De esa manera, se favorecía que el paso a la fase de adultez se diera en cadencia respecto al medio y así su conciencia moral quedara unida estrechamente a ese respeto. Además, Giner explicaba el sentido de la insistencia de “hombre” como una referencia que al estar formada simbólicamente también por mujeres, les obligaba a guiarse hacia la forma armoniosa en que éstas desarrollaban su relación con el medio natural, para estar plenamente representados en el concepto.

La Geografía que difundían Leonor Serrano y Gloria Giner era una enseñanza y un conocimiento de la materia muy vivo que conectaba con todo aquello que facilitaba su comprensión, dando un espacio importante a los viajes y las observaciones que personas de todo tipo habían hecho. La “receta” educativa de “observación entusiasta” hizo posible el paso de la difusión de una cultura de viajes y un gusto por compartir experiencias viajeras de los espacios de ocio a los ambientes educativos. Además, tomaban el placer que las viajeras podían experimentar fuera de sus países enseñando a gozar aprendiendo lo que formaba parte del mundo.

5.—Bibliografía

- AITKEN, Maria: *A Girdle round the Earth*. London, Constable, 1987.
- BASSNETT, Susan: “Travel Writing and Gender”. En HULME, Peter y YOUNGS, Tim; (eds.): *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 225-241.
- BATTEN, Charles: *Pleasurable Instruction: Form and Convention in Eighteenth-Century Travel Literature*. Berkeley, University of California Press, 1978.
- BLUNT, Alison y McEWAN, Cheryl (eds): *Postcolonial Geographies*. London, Continuum, 2002.
- BOHLS, Elizabeth A.: *Women Travel Writers and the Language of Aesthetics, 1716-1818*. Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- CANEL, Eva: *De América. Viajes, tradiciones y novelitas cortas*. Madrid, Establecimiento tipográfico de F. Nozal, 1899.
- CARRIZO RUEDA, Sofía: *Poética del relato de viajes*. Kassel, Edition Reichenberger, 1997.
- CASADO DE OTAOLA, Santos: *Naturaleza patria. Ciencia y sentimiento de la naturaleza en la España del regeneracionismo*. Madrid, Marcial Pons, 2010.
- CERALDOLS RAMÍREZ, Rosa: *Viajeras españolas en Marruecos*. Almería, Diputación de Almería, 2009.
- CHARNON-DEUTSCH, Lou: *Narratives of Desire: Nineteenth-Century Spanish Fiction by Women*. Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 1994.
- CIXOUS, Hélène: *Los ensueños de la mujer salvaje*. Madrid, horas y Horas, 2001.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar: “Diana y Marisol. Dos modelos antagónicos de educación de las niñas”. En: *XI Seminario Permanente Fuentes Literarias para la Historia de las Mujeres. La Educación de las mujeres I*. UCM, texto inédito, junio de 2009.
- DÍEZ PÉREZ, Eva (comp.): *Viajeras extranjeras en Castilla la Vieja y León Siglo XIX*. Palencia, Región Editorial, 2008.
- EGEA FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Alberto (coord.): *Viajeras románticas en Andalucía. Una antología*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2008.

- GARCÍA GOTA, Reyes y PLAZA BAUTISTA, Julia: *Guía de mujeres ilustres aragonesas*. Zaragoza, Instituto de la Mujer, 2005.
- GINER DE LOS RÍOS GARCÍA, Gloria: *Manual de Historia de la Civilización Española*. México, Editorial Patria, 1951.
- GINER DE LOS RÍOS GARCÍA, Gloria: *Lecturas geográficas. Espectáculos de la naturaleza, paisaje, ciudades y hombres*. Madrid, Editorial Estudio, 1936.
- GINER DE LOS RÍOS GARCÍA, Gloria: *Geografía. Primer curso*. Madrid, Calleja, 1919.
- GINER DE LOS RÍOS GARCÍA, Gloria y RÍOS DE GARCÍA LORCA, Laura de los: *Cumbres de la civilización española*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1966.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, M. Elena: *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración*. Madrid, UCM-tesis doctoral, 1982, 2 volúmenes.
- HODGSON, Bárbara: *No place for a lady. Tales of adventurous women travellers*. Vancouver, GreyStone Books, 2002.
- KELLEY, Joyce: "Increasingly 'Imaginative Geographies': Excursions into Otherness, Fantasy, and Modernism in Early Twentieth-Century Women's Travel Writing". *Journal of Narrative Theory*, 35, 3 (Fall 2005), 357-372.
- LEED, Eric: *The Mind of the Traveler*. New York, Basic Books, 1991.
- MARTÍNEZ DE VELASCO, E.: "Señora Carla Serena, Viajera italiana". *La Ilustración Española y Americana*, XLVIII (30 de diciembre de 1880), 395.
- MAÑERU MÉNDEZ, Ana: Recetas y no fórmulas. En MONTOYA RAMOS, M. Milagros: *Enseñar: una experiencia amorosa*. Madrid, Sabina, 2008, pp. 43-44.
- MELCÓN BELTRÁN, Julia: *Enseñanza de la geografía y el profesorado de las escuelas normales, 1882-1915*. Barcelona, CSIC-Universidad de Barcelona, 1982.
- MILLS, Sara: *Discourses of Difference*. London-New York, Routledge, 1991.
- NASH, Catherine: "Reclaiming vision: looking at landscape and the body". *Gender, Place, and Culture*, 3 (1996), 149-169.
- NUNLEY, Gayle R.: *Scripted Geographies Travel Writings by Nineteenth-Century Spanish Authors*. Lewisburg, Bucknell UP, 2007.
- OGILVIE, Marilyn; HARVEY, Joy (eds.): *The biographical dictionary of women in science: pioneering lives from ancient times to the mid-20th century*. New York, Routledge, 2000, 2 volúmenes.
- OYARZÁBAL DE PALENCIA, Isabel: *He de tener libertad*. Madrid, horas y Horas, 2010.
- OYARZÁBAL DE PALENCIA, Isabel: "Junto a la estatua de la libertad. Impresiones de un viaje a América". *Blanco y Negro*, 20 (Agosto 1925), 38-41.
- PARDO BAZÁN, Emilia: "Por la Europa católica". En PARDO BAZÁN, Emilia: *Viajes por Europa*. Madrid, Editorial Bercimuel, 2006a, pp. 587-665.
- PARDO BAZÁN, Emilia: "Por Francia y por Alemania". En PARDO BAZÁN, Emilia: *Viajes por Europa*. Madrid, Editorial Bercimuel, 2006b, pp. 293-431.
- PARDO BAZÁN, Emilia: "Cuarenta días en la exposición". En PARDO BAZÁN, Emilia: *Viajes por Europa*. Madrid, Editorial Bercimuel, 2006c, pp. 441-582.
- PARDO BAZÁN, Emilia: *Un Viaje de novios*. Madrid, Alianza Editorial, 2003.
- PARDO BAZÁN, Emilia: "La vida contemporánea". *La Ilustración Artística*, 1793 (8 de mayo 1916), 298.
- PRATT, Mary Louise: *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London-New York, Routledge, 1992.
- PORTER, Dennis: *Haunted Journeys: Desire and Transgression in European Travel Writing*. Princeton, Princeton University Press, 1991.
- RÍOS LLORET, Rosa E.: "Sueños de moralidad. La construcción de la honestidad femenina". En MORANT DEUSA, Isabel (ed.): *Historia de las mujeres en España y América latina*. Madrid, Cátedra, 2006, volumen III, pp. 181-195.

- RODRÍGUEZ ESTEBAN, José Antonio: *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*. Madrid, UAM, 1996.
- RUIZ-MANJÓN, Octavio: "Gloria Giner de los Ríos. Noticia biográfica de una madrileña". *Cuadernos de Historia contemporánea*, Vol. extraordinario (2007), 265-272.
- SERRANO DE XANDRI, Leonor: *La educación de la mujer del mañana*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- SERRANO PABLO, Leonor: *Diana o la educación de una niña. Libro de lectura escolar dividido en tres grados. Grado II. La escuela*. Barcelona, Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, s.a, 1934.
- SERRANO PABLO, Leonor: *Diana o la educación de una niña. Libro de lectura escolar dividido en tres grados. Grado I. La naturaleza y la familia*. Barcelona, Imprenta Elzeviriana y Librería Camí, s.a, 1933.
- SIMÓN ALEGRE, Ana Isabel: "Entre el amor y la sexualidad: Palabras de mujeres en torno a las cuestiones sexuales desde el final del siglo XIX hasta el inicio de la Guerra Civil española (1936)". *Arenal*, 16.2 (2009), 281-304.
- SIMÓN PALMER, María del Carmen: *Escritoras españolas del s. XIX. Manual Bio-bibliográfico*. Madrid, Castalia, 1991.
- THOMPSON, Edward: *La Formación histórica de la clase obrera: Inglaterra 1780-1832*. Barcelona, Ediciones de bolsillo Laia, 1977.
- WOOD, Denis y FELS, John: *The Natures of Maps: Cartographic Constructions of the Natural World*. Chicago, University of Chicago Press, 2008.